

RIVA AGÜERO, HUMANISTA

Por Enrique Moncloa y Diez Canseco

En estos instantes de recuerdo, de elogio y de afirmación, poco se había hablado acerca del humanismo de Riva Agüero. Nuestro compañero lo hace, relevando acertadamente esta cualidad sustantiva del Maestro.

HACE ya algunos días, que, tras larga agonía contra la cual no pudieron ni la ciencia, ni la clériga oración, ni el llanto, Riva Agüero pasó del cauce triste de esta vida al goce de la tertulia en el regazo de Dios.

Desde la funesta fecha de su fallecimiento hasta hoy, se ha dicho bastante sobre su robusta y luminosa figura excepcional. Se han glorificado, aunque tardíamente, sus genuinas, rarísimas y portentosas cualidades. No obstante todas las letras que acerca de él se escriban, no podrán jamás llenar el vacío que su triste desaparición representa. Porque su ausencia no sólo significa un crespón en nuestros libros, una procesión muda o un clarín frente a unas torres con campanas, sino la dicción quebrada, la historia perdida, los blasones sin escudo, la horrible realidad que es no escucharlo más y no ver en su horizonte más figura que la de él.

Riva Agüero fué un hombre que poseyó una memoria genial, de la cual usó en beneficio de su erudición asom-

brosa tan general que a no ser por las Matemáticas, habría llegado a hacer de él un enciclopédico. Su afán de sabiduría, su inquietud filosófica, el anhelo del conocimiento de la Historia y sus fuentes, así como su curiosidad por las ciencias y las artes, hicieron de él al hombre más representativo de nuestra cultura nacional. Tanto era su saber que en estos días, la mentalidad exagerada de los habitantes de esta Lima, "víctima a la par de terremotos y de radicales urbanistas", que él tanto amó, ha tejido sobre bases ciertas una anécdota llena de gracia y de admirado reconocimiento. Cuentan las gentes que en no lejana ocasión llegó un cirujano español que había conocido en Europa a Riva Agüero, cuando éste hizo su último viaje a la península que tanto gustó y cuyo espíritu e historia defendió con valor y altura tantas veces cuantas esta defensa fué requerida. El mencionado visitante hispano solicitó de Riva Agüero lo presentara al cuerpo médico de la Capital ante el cual sustentaría una conferencia sobre un punto elegido de cirugía; éste con aquella generosa amabilidad que tuvimos el placer de gozar, consintió agradecido, a la solicitud del profesional extranjero. Llegó el día de la actuación. El primero en ocupar la tribuna fué Riva Agüero, quien tenía, como ya sabemos, que hacer la presentación del conferenciante. Luego de alabar la calidad cien-

tífica del presentado, Riva Agüero, inició sobre el punto materia de la conferencia según, se dice, un ligero escaqueo de generalidades del tema. Poco a poco fué ingresando en la materia misma del asunto, para, dentro del eje diamantino de la cuestión, hacer un análisis exegético y exhaustivo de las teorías afectivas al problema y a las opiniones de los tratadistas médicos del asunto, en la historia y en la actualidad, tanto como de los diferentes resultados de las últimas experiencias realizadas en la moderna cirugía. Una vez que Riva Agüero terminó la "presentación" subió al pupitre el cirujano español, quien según cuentan, dijo: "Señores, a lo que ha enseñado Riva Agüero sobre el punto determinado de la cirugía no hay nada que agregar. Buenas Noches".

Lo que os acabo de referir es una simple indicación de lo vasto de la sapiencia de Don José. No obstante, la erudición y el conocimiento universal no constituyen en él su principal patrimonio, porque antes que eso y sobre ello, Riva Agüero fué un humanista eminente. Para llegar a serlo trabajó e investigó arduamente todas las disciplinas y en su afán ecuménico, tuvo la obstinación de la gloria de su patria y la de sus problemas especiales a todos los cuales dedicó sus más preciosos momentos y sus más profundas inquietudes. Profesó su religión Romana como lo ordenan los cánones de la Iglesia y amó a su tierra como lo impone la sangre de los verdaderos héroes de la patria.

Riva Agüero tuvo una visión humana del mundo y una visión espiritual del hombre, fué un clásico que luchó por hacer al "hombre más hombre", por su

exaltación y el cultivo de su entendimiento. Vivió con plenitud y atesoró en la belleza de su alma la riqueza y la armonía de la vida. Su "exquisita sensibilidad" lo trajo al cristianismo y aquí amó y practicó la verdad y el bien.

Por eso debemos decir que Riva Agüero no fué solamente un erudito, o un estilista, sino que a más de noble, sabio y bueno, fué esencialmente humanista, porque él encaminó la conducta de su entendimiento principalmente a la rectitud, a la bondad y a la firmeza de voluntad, porque creyó como San Agustín, que "hominus sunt voluntatis".

Riva Agüero fué humanista en todo. En la suprema libertad de su soledad. Cuando nos pedía le dispensáramos unos instantes para poder reirse luego. En la emisión de su opinión política determinante que ofrecía sin temores de enemigos, sin titubeos, regateos, tibiezas o embustes. Fué humanista literaria, porque se educó en la literatura clásica en medio de la belleza del estilo del lenguaje que jugó con enjundia y señera prestancia. Humanista en lo popular y en lo culto porque amó el solar y la tradición en los conceptos de familia y religión, fomentó y frecuentó las aulas, estudió sus libros y dirigió academias y pensamientos juveniles. De allí que fuera también un humanista universitario, porque defendió la unidad orgánica, la jerarquía y su información netamente católicas.

Fué humanista en el trato con sus criados y servidores: de él podría decirse como de aquel gran señor don Rodrigo, en las coplas que por primera vez, nos hizo gozar nuestro Carlos Pareja: "Qué señor para criados y parientes". Hoy recuerdo más profundamen-

te la figura de su cochero, en aquellos momentos terribles de inciertas inquietudes, de cuentas de rosario, de frailes y de viejos y jóvenes amigos: un rudo mocetón de anchas espaldas que al evocar, sabe Dios qué momentos y pasajes de la vida de su muy querido señor—silencioso, adormecido e incoforme — tenía con sus lágrimas morenas la alfombra que hacía mesurado y ondulante el caminar de los monjes que acababan de ver la figura serena que don

José mantuvo gozoso, después de la última oración de su dolencia.

Por eso podemos decir hoy como antes, orgullosos de él, que este nuestro Maestro egregio, ya eterno en el patio de la historia de los inmortales, cumplió con gloria su destino, porque nos legó el inefable ejemplo de su palabra y de su obra, como símbolo de la verdad del Dogma de su Fe, de la lucha valiente y denodada por la grandeza de su Patria y el amor, el profundo amor a la Tradición y a la Cultura.

EL no era un veleidoso. Jamás oportunismos ni claudicaciones habían manchado su conducta. El llevaba en el alma la ética fiereza de sus antepasados y hubiera muerto antes que adurar de sus principios, que abrazaba con reciedumbre, porque tenía en las entrañas del alma la auténtica firmeza del hombre de valor.

De nuestro EDITORIAL.